

“Victoria, enseñad a la mujer”

Susana Aguirre y Rivera

VICTORIA

¿quién es Victoria?, Victoria es una mujer que nació en Guadalajara, Jalisco hace 76 años, la sexta de diez hijos. Hija de Victoria y Luis y educada en escuela de monjas, pero sus estudios concluyeron posiblemente en la primaria, ya que no se acostumbraba que las chicas tuvieran mayor educación, la hermana mayor Consuelo estudió corte y confección para apoyar en el sustento económico a la familia, y por consiguiente marcó las reglas para las hermanas menores, coser, en ese entonces se cosía para la gente acomodada y las pruebas se efectuaban en el domicilio de las interesadas y la casa era parte del negocio, en donde todas como "hormiguitas" realizaban las labores en conjunto.

Nuestra heroína se caso con Rafael a los 23 años y engendró cinco hijos, tres niñas y dos niños, ella no tuvo la gracia de viajar, conocer, trabajar o estudiar, sino más bien se quedó en la casa y al cuidado de los niños, esto hizo que Victoria siempre fuera una persona triste y sus metas y objetivos siempre quedaron parados, la idea de Victoria era llegar a ser una buena cantante y actriz, así que en cada fiesta familiar ella destacaba con sus dotes y además, soñaba con llegar a ser alguien, pero desgraciadamente no se podía y su frustración crecía y crecía, por lo que en la educación de sus hijas intervino pero no en forma total, sino parcial, ella trataba de sobresalir y dejó que sus hijos lo hicieran también por su parte, el padre responsable y amoroso tenía cinco trabajos diferentes, por lo que se concretaba a llevar el dinero y gozar de la familia los domingos. Los domingos se convirtieron en la parte importante de la semana, se viajaba a Morelia, Cuernavaca o ir de día de campo, para ello se invitaba a todas las amiguitas que pudieran caber dentro del auto y se gozaba con los juegos que se inventaban, el pollo asado y las papitas y el refresco, además del guacamole que preparaba don Rafa y el canto de Victoria, hicieron un segmento de experiencias y vivencias que llenaban el entorno de todos los chiquitines, pero Victoria en su alegría pasajera no llegaba a concretar sus metas y así ha pasado su vida. Victoria ahora viuda consi-dera pasar con sus hijos el tiempo que no les proporcionó en su juventud, juventud llena

VICTORIA

2.

de sueños, emociones, despertares que no pudo vivir, siempre en el cosido, siempre en la cocina, siempre en el cambio de pañales y que ahora exige lo que no pudo ofrecer en su momento, pero gracias a la vida, gracias a estos hijos que no supieron olvidarla que la quieren, que extrañan el lugar de don Rafa y que en el nombre de éste y de su feliz niñez, pubertad y adolescencia la recogen en sus hogares como aquella luchadora incansable para el disfrute de una nueva generación. Gracias Victoria... tu nombre es grande y nunca ha sido derrotero, sino más bien de engrandecimiento y perspectiva, perspectiva viva que engendra vida.

GRACIAS

SEUDONIMO "PICA"

ENSEÑAD A LA MUJER

Cuando veáis a un hombre honrado, útil a la sociedad y huérfano de madre desde muy niño, saludadle con respeto y admiración, porque ese hombre es dos veces bueno.

¡Cuánta verdad enseñan estas palabras! Sí, el hombre que, cuando niño careció de una madre que lo guiara por el camino del bien, y que no obstante ha podido educarse y seguir la senda de la ilustración, es digno de que se le respete y admire como a un genio.

¡Pobres huérfanos! Ellos nunca se adormecerán al tierno arrullo de las canciones maternas, pasarán su vida envidiando a quienes más felices pueden disfrutar de las embriagadoras caricias, de los apasionados besos de una madre, y su alma triste, lastimada por abandono tan cruel, se dejará arrastrar por las pasiones hasta caer en el abismo del vicio y la degradación.

Mostradme al hijo y os diré quién fue la madre, porque el alma de ésta se reflejará en la de aquel con la misma exactitud que el cielo se retrata en la tranquila superficie de los lagos.

Recordad a Rafael de Urbino, Washington, Napoleón, y si deseáis saber a quién debieron su grandeza, abrid la historia y resplandecerán los inolvidables nombres de Maggia, María Bell y María Leticia.

Si el mundo se viera plagado con un Nerón, sin duda alguna se encontrará a su lado la siniestra figura de Agripina que lo guiara.

Luego, para que un pueblo sea rico en hombres superiores, no sólo es necesario que haya madres que los dirijan en su infancia, sino que es indispensable que éstas sean serlo, y esto se conseguirá educando y dando ilustración a la mujer.

La educación física, moral e intelectual que se da a la niña, pasará más tarde a los hijos; la ilustración de la mujer será la fuente de exquisito tacto para el gobierno de un hogar.

Si un hombre se une a una mujer soberanamente hermosa, pero ignorante y vulgar, tendrá bien pronto la triste convicción de que no posee una dulce compañera que lo consuele en sus pesares, lo ayude con sus consejos y transforme a sus hijos en hombres honrados y trabajadores; sino que ha adquirido tan solamente una preciosa obra de arte cuyo mérito decaerá en muy poco tiempo, y que servirá entonces únicamente para martirio del infortunado esposo o quizá para estorbo. Así pues, impúlsese la enseñanza de la mujer; no hay que olvidar las sabias palabras de Napoleón: "La mujer hermosa agrada a la vista; la mujer ilustrada agrada al corazón: la primera es un dije, la segunda un tesoro".

¿Teméis acaso que la ilustración embote el corazón de la mujer, y que indiferente y entregada a sus estudios confía a sus hijos a institutrices, a manos de mercenarias, confesando con esto a voz en cuello que ella no sirva para el caso?

¿Creeréis acaso que el cariño que os pudiera tener disminuirá y que abandonará los cuidados del hogar, por demostrar el binomio de Newton o por estudiar el movimiento de los astros?.

Bah! perded cuidado; la mujer está constituida de tal modo, posee un caudal tan rico de buenos sentimientos, que a medida que se instruya, su amor hacia vosotros y sus hijos se hará más grande cada día, se dignificará, por decirlo así, y llegará a ser infinito como Dios.

SEUDONIMO "PICA"

MARIA M. ROSALES

LA MAESTRA RURAL

Sí, yo la he visto pálida, delgaducha, anémica, caminando a través de carreteras y veredas, casi siempre joven, rara vez anciana; pero a menudo sonriente y afable, marchar presto al desempeño de sus labores, tranquila y serena; yo la he visto instalada ya en su humilde escuelita, frente a sus discípulos, a quienes educa valiéndose de los escasos medios de que puede disponer, pero siempre entusiasta, siempre desinteresada, ciñiendo la aureola de la abnegación y sostenida por la firmeza del mártir; y ahí durante el día su vida se desliza en medio de los mil y mil incidentes que provoca esa bandada de almitas que batan las alas intelectuales, ora sobre los alambres embolados del ábaco, ora sobre las ilustradas páginas del libro. Todo es alegría, frescas risas que se rompen como suaves botones de rosas en florido vergel, que hienden el aire como la música de los cantores alados de las selvas; todo es bullicio y algarabía, dones inseparables de la infancia, que son los verdaderos ángeles guardianes de los niños, puesto que siempre van en su pos. Mas después de las horas de clase, cuando las aves han abandonado la jaula, sólo queda ahí la pobre maestra fatigada por el trabajo arduo de la enseñanza, abrumada por la tarea sobrehumana de modelar voluntades y de reprimir ímpetus; ahí descansa preparando la faena del día siguiente o entregada a las meditaciones a que invita la familia ausente.

Después cuando la noche cubre con su manto el azul del cielo, cuando las mustias - lámparas de aceite vierten sus débiles rayos en las negruras de los callejones de los villorrios, cuando todo yace en silencio y hasta las pesadas ruedas de las carretas dormitan soñolientas en los corrales de las casucas, la infatigable maestra prepara sus alimentos para entregarse luego al apetecido reposo, pues que las tertulias que se verifican en las ciudades y las variadas y múltiples distracciones de

que se dispone en los centros bien poblados, son desconocidos en los cortijos. Y así trascurren semanas tras semanas, meses tras meses, años tras años, y a la vuelta de alguno de éstos ¡cuántos de aquellos niños han abandonado el pueblo y quizá con la instrucción que recibieron en la escuelita ignorada de la aldea, luchan por la vida con menos pena! en tanto que la pobre maestra sigue en la fragua forjando y más forjando voluntades, pulimentando y aderezando caracteres. ¡Pobre maestra! tu misión es silenciosa, pero fructífera; no tienes ni los himnos del héroe, ni las palmas del mártir, ni las condecoraciones del sabio, ni el aplauso del artista; más tu labor es de caridad, es como la de Jesús, de amor y de humildad; por eso es grande tu labor e imperecedera tu obra,

¡Benditas seas!

SEUDÓNIMO: "PICA"

LUIS DE LA BRENA
Marzo 15 de 1905.

¡ POBRE MARIA !

(MUJERES FUERTES E INSTRUIDAS ANTES QUE DÉBILES Y FRÍVOLAS)

A mi digna maestra Sra. DOLORES CORREA ZAPATA

El mundo es un campo de batalla. La batalla terrible se traba tanto entre los personajes de las altas clases sociales, como entre las gentes más humildes de nuestro pueblo.

Es la ley universal de la lucha por la vida, en que el hombre pone en juego su fuerza, su talento y su pericia.

Asistid conmigo a una de esas múltiples fases del combate en que batalla un personaje que parece estar fuera del alcance de las balas, y sin embargo, es una víctima.

Es María, esa María que parece multiplicarse por todas partes para arrancar a las almas que no se avergüenzan de tener sentimientos, una lágrima que no sabrían - decir si es de lástima o de admiración, porque la arranca la personificación de la miseria y del dolor; pero también la representación del luchador que muere abrazando su bandera.

Sigamos en su evolución a ese ser que hace esfuerzos sobrehumanos por salir del estrecho campo de acción que le han señalado las costumbres de la sociedad en que vive y la inteligencia, atrofiada ya, de una madre inculta que no sabe procurar la felicidad de su hija.

Es María una niña de diez a doce años, perteneciente a nuestra clase media. Rubia, pálida y con ojos vivos que denuncian la luz de la inteligencia que la naturaleza ha puesto en el hombre; pero con su cuerpo débil, enclenque, como si estuviera convaleciendo eternamente de una fuerte enfermedad.

Son las ocho de la mañana. Ella y su hermano están ya levantados. El varoncito, muy poco más grande que ella, toma su sombrero, sus libros y se marcha a la escuela.

Ella pretende hacer lo mismo, porque tiene verdadero gusto en oír hablar a su maestra, de las ciencias y de la libertad que ella ha podido concebir apenas como un ángel muy bello y muy bueno que puede volar por todas partes llevando consigo la felicidad.

Pero su madre la detiene, diciéndole que la criada está lavando los pájaros y no puede llevarla, que ella no quiere que camine sola por la calle que hay entre su casa y la escuela, porque las niñas no andan solas; además, no está convenientemente arreglada para salir y tiene que ayudar en algo a su mamá para que se enseñe a mujercita.

María calla, vuelve a las piezas para arreglarlas, pensando en los problemas siguientes: cómo es importante que laven los pájaros, y no que la lleven a la escuela; por qué es ella impotente para andar en la calle, sola; y si será muy necesario que vaya muy compuesta para poder salir; y pensando en todo esto se dispone a limpiar cuidadosamente los mil juguetes de porcelana con que la madre se ha propuesto adornar la casa, especie de museo, de cuyo cuidado no puede prescindir la niña, porque según la autorizada opinión de sus mayores, es mujer y tiene por ello la obligación ineludible de ocuparse de ellos.

Obediente, no por convicción, pero sí por fuerza, toma su pequeño plumero y empieza la faena diaria, después de dedicar un recuerdo cariñoso a su maestra y de suspirar por la lección que está dando sin que ella la escuche.

Maldice en su interior, con palabras de niña, a esos carretones que levantan tanto polvo y ensucian los juguetes de su madre.

Sin embargo, parece no impacientarse; no dice ninguna de las objeciones que se le ocurren en ese momento y trabaja de prisa, pero con el alma llena de esa amargura que siente el ser que ha comprendido desde las primeras horas de lucidez de su existencia, que el dolor la espera con los brazos abiertos para conducirla sin piedad por la senda de la vida.

Sigámosla.

Mi hermano, dice, se ha marchado temprano a la escuela; y casi llora al pronunciar la siguiente frase que amargará toda su existencia: ¡quién fuera hombre!

Su madre le ha dicho muchas veces que por eso su hermano se va pronto a la escuela, por eso tiene su bicicleta, por eso juega a la pelota, por eso... todos los goces que a ella injustamente se le niegan.

Su inteligencia no alcanza aún a comprender cuál es el verdadero origen de sus desgracias; ve únicamente que su hermano tiene sobre ella la ventaja de que no se le considere obligado a dedicarse a cosas frívolas, vacías e inútiles para quien ha vislumbrado ya la majestad de la ciencia.

¡Pobre María! Al salir, su madre le perfuma los cabellos, le pone polvo blanco en la cara, le hace los rizos, la besa, le da la bendición, y la niña, escapándose de los brazos de su madre, no vuelve a dedicar un recuerdo a la autora de sus días, a "esa mamá que no la deja ir a la escuela."

Nuestra heroína baja las escaleras recitando el himno del trabajo que le enseñó su maestra.

¡La maestra! Ella es el ángel tutelar, ella es la amiga buena y cariñosa que la quiere sacar de la ignorancia, que nunca halaga su vanidad elogiando su belleza, sino sus trabajos, que le cuenta cómo una mujer de extraordinario talento, Sor Juana Inés de la Cruz, se cortaba el cabello cuando creía que su cabeza estaba - desprovista de ciencia, porque pensaba que en esa circunstancia no merece un ador no tan hermoso.

Con ella se siente feliz la niña. En la escuela es donde la mujer podría orar con verdadera devoción, porque se siente enaltecida.

Sigamos a María, ya está en la escuela.

Al interrogarle su maestra por qué ha llegado tarde, constesta: "Estaba ayudándole a mi mamá." (*)

¿Queréis oír esas palabras de boca de las niñas mexicanas, de las futuras madres de familia? Permaneced algunos días en la escuela a la hora de llegada de las alumnas y oiréis cómo desde el segundo año de estudios os lo dicen con tristeza aquellas niñas de rostros pálidos, aquellos seres destinados a perecer en los combates de la vida.

Al año siguiente, la mamá de María ha dispuesto terminantemente que su hija no vuelva a la escuela, porque ya está muy grande, aunque también muy ignorante. Ella suplica que se le deje ir a la escuela; todo es inútil.

El edificio está minado por la base; aquella infeliz creatura no sabrá más que componerse de mil modos; ponerse bonita; para eso en su casa tiene la suscripción de "La Moda Elegante". No tendrá carácter, porque las personas con quienes trata no han tenido la honra de conocer a ese señor. No tendrá buena salud, porque no se consigue eso cuando se es como dicen las abuelitas "una niña juiciosa", lo que significa estarse todos los años de la infancia sentada, jugando, pero sin hacer ruido; y los de la juventud sentada también, bordando telas finísimas que nos dejan como único recurso la ceguera, o tejiendo encajes, que mejores y más baratos hacen las máquinas.

La lucha se ha perdido. Los grandes deseos de trabajar, de instruirse, de hacer algo bueno en el mundo, que la maestra ha inculcado a fuerza de tantos trabajos en los primeros años de la educación, se olvidarán para siempre.

(*) Seguramente sería aquella madre de las que, con la mejor intención del mundo, quitan a sus hijas el tiempo que la educación y la instrucción reclaman, para dedicarlas a trabajos que deben hacer, sí, pero nunca a las horas en que tienen que asistir a la escuela.

La mujer por su bonita cara, por su cintura delgadita, es decir, por su cuerpo deformado hasta lo increíble, por un piecico que apenas cabe en un zapato más pequeño todavía, ha logrado cautivar a un hombre que, lejos de instruirla, alaba su ignorancia llamándola inocencia, pero que, no hallando al fin mérito intrínseco en su compañera, acaba por menospreciarla.

Y es de esperarse. ¿Cuándo, en qué época, en qué país se han unido por estimación, los instruidos a los ignorantes, y los inteligentes a los imbéciles? Si nos proponemos hacer a las mujeres tontas, las alejaremos más cada día de su compañero. Esta institución que la naturaleza y la sana moral sancionan, el matrimonio, la unión de dos seres, que por ser la fuente de la vida, ha recibido de todos los poetas el canto más dulce, la más sentida estrofa, es, en este caso, la mayor desdicha; y ella, la víctima, sigue arrastrando su miserable vida hasta que su valor físico, moral e intelectual, es tan pequeño que nos hace exclamar con lástima: ¡idesdichada!

¿No sentís que la indignación os ahoga?

¿No se os subleva el ánimo al ver el desdén con que se trata a débiles seres en una época en que no pueden defenderse?

Vosotras madres, que podéis y debéis, remediadlo en nombre de la humanidad y de vuestro sexo.

SEUDONIMO: "PICA"